

SECCIÓN

POLÍTICAS DE IDENTIDADES, POLÍTICAS DE GOCE



ENTREVISTA A

PABLO SIGISMONDI

Geógrafo y Fotógrafo. Estudió geografía en el Instituto Simón Bolívar de la ciudad de Córdoba, Argentina, y se especializó en el exterior. Con sus fotografías y sus vastos viajes es testigo de culturas invisibles y pueblos ocultos para los ojos occidentales. Cuenta con una extensa obra sobre problemáticas sociales y geopolíticas del siglo XXI.

Entrevista realizada por: Laura Schiavetta y Norma Sierra

(*a*)nudos: La lectura por algunas publicaciones de tu autoría permite ubicar una posición inquieta y curiosa que va abriendo recorridos con emociones encontradas ante aquello que va capturando cada imagen fotográfica que tomas. Tu compromiso en temas tan variados como complejos, y algunos de ellos poco presentes en lo cotidiano de nuestras vidas, transporta a situaciones que se tornan visibles por el sentimiento más vívido que transmiten. Al introducirse en la realidad de culturas diferentes a la nuestra, tus fotos remiten a un entorno que interroga y tus narraciones involucran un decir particular.

En una de tus entregas periodísticas en la que relatas tu vivencia en Afganistán, a mediados de los '90, comienzas diciendo que no resulta sencillo redactar desapasionada y tranquilamente los acontecimientos que allí ocurren. ¿Podrías hoy transmitir qué es lo que más te conmovió en aquel momento?



AFGANISTÁN 2002 © PABLO SIGISMONDI

Pablo Sigismondi: Resulta difícil transmitir vivencias en contextos trágicos donde la muerte está presente por doquier, de manera rutinaria. Experimentar la guerra de primera mano sin respiro lacera; vivir con gente que puede morir asfixiada por los escombros de sus propias viviendas; que son asesinados "por error" de "daños colaterales" producidos durante 20 años de invasión. ¿Cómo podrías ser "neutral y objetivo" en esas circunstancias? En la guerra, no siempre sabemos a dónde estamos o si volveremos a nuestro hogar o si moriremos; tampoco percibimos bien qué podríamos comer o cuándo. Tanto se siente que se ha cortado el flujo del tiempo y de la vida que hasta el hambre se esfuma.

A veces los recuerdos reaparecen; imágenes mentales que superan a las fotos que se puedan haber obturado. Son las vivencias que regresan, consciente o no, y siguen produciéndome impacto emocional. Por eso, revivir hoy qué me conmovía resulta difícil de resumir porque todo lo que me rodeaba me asombraba, estremecía. Aquel niño empujando la silla de ruedas de su padre mutilado; o los campamentos de refugiados; o las columnas de miles moviéndose hacia algún lugar más seguro; o aquella aldea arrasada "por error" … Sin embargo, otras veces me conmovían las tímidas sonrisas; las poses de los guerreros orgullosos con sus armamentos; los que aún camino al combate se detenían a rezar en medio de las montañas y los desiertos. Es muy difícil no conmoverse cuando has cruzado por una aldea donde la gente paseaba y vivía y a los días regresas y sólo ves a algunas personas ataviados con sus túnicas y turbantes sentados entre los escombros en el mismo sitio que antes rebozaba de vida.



(*a*)nudos: A su vez, en una de tus notas haces referencia a ciertos privilegios y oportunidades que ofrece la tecnología en el mundo de hoy, junto a la ilusión de globalización, expresas que de estar atentos solo a ello: "simplemente seremos extranjeros aun dentro de nuestra propia ciudad o provincia." Allí la palabra extranjero es tan interesante como inquietante ¿Podrías comentarnos algo más sobre el tema?

Pablo Sigismondi: Cuando se viaja a culturas y sociedades muy distantes de las occidentales, el término de "extranjero" lo percibo en la piel como la sensación de sentirme extraño, viendo por fuera a la comunidad o a la sociedad a donde acabo de llegar, donde me encuentro. Si algo distinguió a la globalización occidental (y coloco en pasado "distinguió" porque ahora esa globalización se hace añicos en Ucrania) era la ilusión de suponer que estábamos inmersos en una "aldea global" donde todos vestíamos y comíamos de idéntica manera; un mundo sin barreras políticas ni culturales. Sin embargo, siempre consideré que esto era una falacia en sí misma que resultaba insostenible cuando se viaja por lo que yo nombro como "La Cara Oculta(da) de la Tierra", donde siempre se experimenta -al menos al llegar cuando no se conoce a nadie- el ser *extranjero* porque el choque es inmenso: a veces el cambio de estación y de hora; la duración de la luz solar; el cambio de Cielo (la bóveda celeste es diferente entre los Hemisferios Austral y Boreal)… Más aún, escuchar hablar y no entender absolutamente nada y, simultáneamente, sentir la necesidad de comunicarse y saber que sólo será posible por ademanes, gestos y empatía… Ese "extranjero" recién irá menguándose en la medida que vayamos integrándonos al lugar, a sabiendas que nunca seremos uno más en aquellas sociedades, por más esfuerzo que podamos realizar. A medida que más lo logremos y más cómodos podamos sentirnos, tal vez tengamos menos ganas de volver a nuestro propio origen. Entonces al partir, sentiré que "he visitado a una parte de mi propia familia que vivía lejos". Sin dudas la tristeza acompañará esa partida.

Aunque también existen otras experiencias de sentirse extranjero. En primer lugar, al regresar; al volver a escuchar idioma y tonada que hacía meses no oía. No es fácil regresar a la "normalidad". Se experimenta que todo ha cambiado en nuestro interior y que, sin embargo, los amigos, la familia, la sociedad permanecen con temáticas que parecieran extrañas… Es claro que soy yo quien ha hecho una experiencia muy diferente y que, por lo tanto, soy yo el que he cambiado y ahora me siento "extranjero". Hasta me produce extrañeza, incomodidad. El regreso a lo local no son sólo alegrías y abrazos. No obstante, esta forma de ser "extranjero" tal vez resulta más difícil de experimentar cuando se viaja como turista o dentro de una burbuja, como sucede en los grupos organizados. Dentro de esa cápsula, en realidad el destino de viaje pone el exotismo, pero seguimos dentro de la cápsula de lo habitual, de lo conocido, que sólo ha sido trasladada al destino soñado. No se ha roto la *zona de confort.*

Una tercera forma de ser "extranjero" se basa en la realidad geopolítica. En primer lugar, lo que bien podríamos nombrar como "los extranjeros perpetuos", es decir las minorías étnicas, religiosas, sexuales y, especialmente los millones de refugiados y migrantes que son perseguidos o discriminados. Para todos ellos no habrá integración posible. Siempre serán, aun en su lugar de nacimiento, considerados como "el otro" por la cultura del poder dominante. Baste sino recordar a nuestros pueblos originarios perseguidos, diezmados, arrinconados a la periferia de fronteras políticas muchas veces absurdas. A veces avergüenza visitarlos y percibir con qué naturalidad hemos asumido su marginación. Napalpí lo pone de manifiesto descarnadamente. También entre los "extranjeros perpetuos" podríamos mencionar a los millones que viven hacinados en las grandes ciudades como consecuencia de la desigualdad y la injusticia. En Córdoba, por mencionar mi lugar de nacimiento, uno sabe que, para ellos, ni siquiera les es permitido visitar el centro de la ciudad sin ser hostigados, detenidos, interrogados o hasta expulsados. Molestan, están de más; sobran. Son los que Zygmun Bauman califica como «desechos humanos".

(*a*)nudos: Aquel viaje te transmitió algo que has mencionado como sencillo y desgarrador a la vez: "la penuria de la guerra". ¿Qué nos podrías comentar sobre estas penurias desde el punto de vista de tu observación como fotógrafo y del impacto que dejó en ti esa tragedia humana que es la guerra?

Pablo Sigismondi: De alguna manera convivir con la tragedia de la guerra produce cicatrices en el alma; revuelven el pensamiento; cuestionan nuestro modo de mirar; ponen patas para arriba lo que alguna vez nos enseñaron como "normal". Por otra parte, desde el punto de vista fotográfico no soy un robot ni tampoco un paparazzi. No me interesa el fotografiar cadáveres ni conmover con sangre. A mi entender, la penuria de la guerra se puede trabajar mejor desde el pensamiento y desde la escritura, sin necesidad de alimentar el morbo humano. Lamentablemente, también resulta obvio que en un mundo donde las imágenes se imponen, no vende ni es tan redituable para los medios… Sin embargo, cabe preguntarse sobre las imágenes: el bombardeo diario de fotos y videos que recibimos desde Ucrania, ¿por qué no las recibimos también de Palestina, donde su pueblo está aprisionado en una ocupación que lleva 74 años continuados y cada vez se torna más deshumano y más feroz? O peor, ¿acaso la insistencia mediática en imágenes crudas puede volverse contraproducente e insensibilizar frente a la tragedia y el dolor? Hay situaciones donde prefiero guardar la cámara y vivir la realidad para que mi ojo no quede mediado por la lente. Es difícil porque la tentación del ´click´ nos persigue…

(*a*)nudos: Tu amplia experiencia por el mundo recorriendo territorios de zonas de conflictos bélicos, permite apreciar fotografías en las que lejos de enumerar imágenes estáticas de un momento difícil cargado de elementos derruidos como efecto de la violencia, transmiten la implicancia de cierta conmoción interior que te lleva a decir algo de lo indecible. Tu profesión se distingue por connotar provocación, acercar una mirada que ahueca, sacude, desconcierta. La fotografía muestra, pero también oculta y sugiere múltiples lecturas de ese recorte de la realidad. ¿Qué podrías decir acerca de esas imágenes de escenas de guerra que circulan por los medios y las redes en la actualidad?

Pablo Sigismondi: A veces siento repulsión, disgusto; la manipulación mediática pareciera no tener escrúpulos a la hora de justificar al poder. Ahora, por ejemplo, vemos a diario miles de imágenes de Ucrania a raíz de la guerra allá impuesta. Sin embargo, nunca antes pareciera que nos interesó conocer el país, a su gente, a sus problemáticas. ¿Sabían acaso que en Ucrania hay sitios, en las áreas rurales especialmente, donde la gente aún busca agua de pozos y aljibes porque no existe red de distribución? Lamentablemente, pareciera que apenas interesa mostrar morbosidad, conmover (eso sí, siempre con el mismo fin, "crear al monstruo enemigo". Sí, porque Occidente, con Estados Unidos a la cabeza, necesita tener monstruos que justifiquen su complejo militar industrial; necesita amalgamar a su propia opinión pública con enemigos que den razón de ser a sus invasiones y sus intervenciones… Así, vamos saltando de monstruos en monstruos, nunca faltan…, tal vez veamos la "invasión extraterrestre" cuando ya no les quede nada para destruir o dominar en esta Tierra. Y los medios masivos hegemónicos -por ellos dominados- son funcionales a esa lógica. Estando en Afganistán, pude ver como los pakistaníes, al otro lado de la artificial e inútil frontera política (la Línea Durand), organizaban "tours" de periodistas que pagaban miles de dólares para filmar y fotografiar y después hacernos creer que estaban en el frente de batalla. Y una vez finalizado el montaje cada "cronista de guerra" regresaba al hotel 5 estrellas en la ciudad de Peshawar.



AFGANISTÁN 2002 ©
PABLO SIGISMONDI

(*a*)nudos: La foto denominada "La niña de la mirada inolvidable" (Publicada en el Diario La voz de Interior) denota una presencia que conmueve y a la vez algo que no se deja atrapar en esa imagen. ¿Qué te decidió a tomar esa foto? ¿Qué te transmite esa escena a la distancia de aquel momento que selló ese instante?







AFGANISTÁN 2002 © PABLO SIGISMONDI

Pablo Sigismondi: Ante todo debo decir que no obturo fotografías sin el permiso, el consentimiento y la aprobación (incluso escrita, por razones legales) de las personas retratadas. En mi idea sobre la fotografía, debe haber empatía, conocimiento previo. No estamos en un zoológico o un muestrario etnográfico sino frente a nuestros hermanos, a nosotros mismos. No es lo mismo "sacar" fotos a que las imágenes sean un regalo, un premio, una consecuencia de la relación establecida.

La foto de la pequeña es una más entre una serie de imágenes donde también hay otras niñas y niños protagonistas. En el extremo oeste del país, en el Nudo del Pamir y con montañas que superan los 7000 metros de altura como telón de fondo, en el 2002 los niños jugaban y carreteaban en una mañana invernal muy fría pero soleada. Intenté captar sus vidas que, aun en condiciones muy difíciles, continúan abriéndose paso pero, a la vez, intenté captar también la tristeza, el miedo, el dolor. Hoy diría que no sé si lo pude lograr; hoy diría que fracasé rotundamente en esa intención. Porque cuando años después ví imágenes mucho más tristes en los campamentos de refugiados somalíes o de la República Centroafricana, concluyo que de poco sirvió. En esta aceleración y vorágine, crear conciencia apenas si conmueve un instante. Enseguida nos olvidamos…

(*a*)nudos: También hemos leído en tus relatos de viaje, que las guerras convierten a la vida en un valor de poco rédito, y el valor de la vida es lo primero que es puesto en cuestión cada vez que se produce un nuevo conflicto bélico. Sabemos que has estado en varias oportunidades en Ucrania y Rusia, ¿cuál es tu preocupación por el conflicto actual entre estos países, desde tu óptica como geógrafo, fotógrafo, y como alguien que ha viajado y conocido estos lugares con tu modo particular de hacerlo, interactuando, conversando, compartiendo con la gente su vida cotidiana, viviendo en sus lugares para tratar de entender el mundo que habitan desde sus propias culturas?

Pablo Sigismondi: La guerra de Ucrania, producida a partir de la invasión rusa que comenzó el 24 de febrero pasado, está alterando completamente todo el eje del planeta como ningún otro evento y es un auténtico tsunami geopolítico. A mi entender, hay que remontarse a la Segunda Guerra Mundial para encontrar un hecho de tanta trascendencia e importancia, que sin dudas dejará huellas imborrables para las próximas generaciones. En primer lugar, porque es una guerra fratricida, entre hermanos gemelos que han convivido durante siglos juntos, que están unidos por la Historia, la Geografía, la lengua, el alfabeto, la cultura, las creencias. Si Occidente buscó un modo de destruir a Rusia, ha logrado un grado de perversidad desconocido hasta hoy. Ha empujado a la guerra a dos pueblos inseparables. Por supuesto que en Rusia recae la responsabilidad y la insensatez de haber invadido a su vecino; por supuesto que Rusia probablemente debería ser juzgada internacionalmente. Pero en esta solidaridad occidental con Ucrania, tan frágil y montada en intereses, hay que recordar que la primera responsabilidad de la provocación ha sido el cerco geográfico a la telurocracia rusa, que Occidente hace desde 1990. ¿Para qué existe -y peor aún, se amplía- la OTAN? En segundo lugar, estamos ante un horizonte muy difícil porque existe la posibilidad, real, de utilizar armamento atómico a medida que el conflicto va internacionalizándose más, en una espiral de consecuencias imprevisibles. Esto marca una gran diferencia con todo lo que hemos conocido desde 1945. En tercer lugar, la guerra en Ucrania deja al desnudo la enorme hipocresía del sistema político mundial. ¿Acaso alguien pensó en prohibir los productos estadounidenses durante la invasión a Irak? ¿Qué pasa con el resto, con el 95% de refugiados que hay en el mundo que NO son ucranianos? ¿Cómo se puede pensar que realmente son democracias y ejemplos cuando dejan ahogar en el Mar Mediterráneo, cada día, a cientos de desheredados que vienen desde el África? En cuarto lugar, esta guerra ha terminado de dinamitar el derecho internacional y la credibilidad de las Naciones Unidas que, de hecho, ya no existen. Ahora Rusia decidió aplicar la Ley del Talión. Y finalmente, es difícil calcular cuándo y cómo podría terminar este conflicto. Sí podemos especular. Muy probablemente el mapa cambiará dramáticamente; tal vez Ucrania quede reducido a un país mediterráneo acorralado por Rusia, o desmembrado. Se abre en el mundo un tiempo de oscuridad y, especialmente en Europa, otra vez más regresan los bloques y los muros que creíamos terminados aquél 9 de noviembre de 1989 cuando cayó el Muro de Berlín. No terminó la Historia como afirmaba Francis Fukuyama. Tal vez sucede que no aprendimos nada de la Historia. Estamos ciegos.



AFGANISTÁN 2002 © PABLO SIGISMONDI